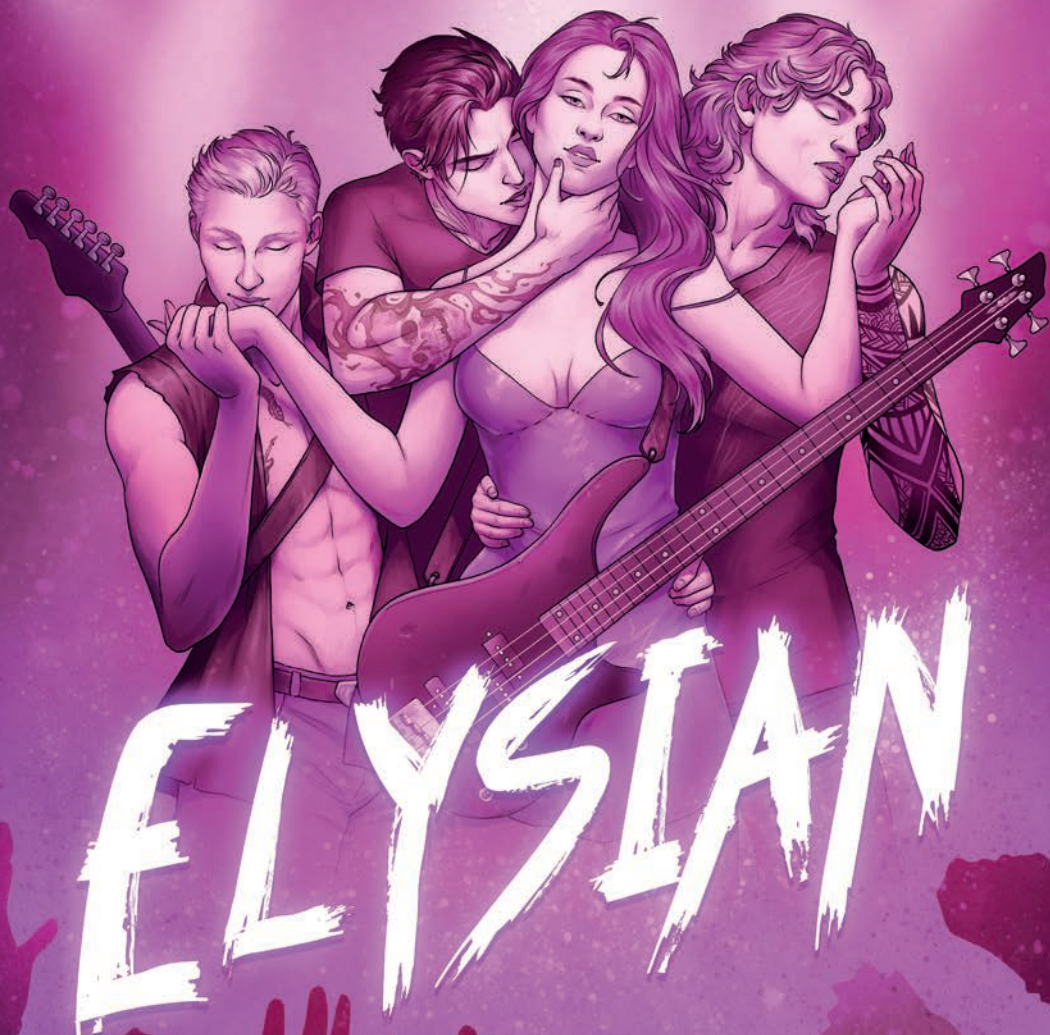


SUGARY PALE



ELYSIAN

CROSS
BOOKS

SUGARY PALE

ELYSIAN



CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Sugary Pale, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-08-26783-6
Depósito legal: B. 433-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Vómito de hada

«Aquel sería el último día de lo que me quedaba de inocencia».

Era una mañana calurosa en la ciudad de Emerville. El sudor cubría mi frente y la lengua se me pegaba al paladar de lo seca que estaba. Necesitaba un vaso de agua con urgencia, pero mis prioridades eran otras: debía llegar a tiempo a la audición.

Corrí escaleras arriba jadeando con la boca entreabierta, con el bajo a cuestas y el recorte de periódico en la mano. Había ojeado aquel papel tantas veces que podría recitar la información de memoria, pero mi inseguridad me obligaba a leerlo una vez más.

¡Gran audición!

Reconocido grupo de música está a la caza de un nuevo talento.

¿Eres bajista? ¿Crees tener lo que necesitamos?

Te esperamos en la Avenida Marshal, número 27. Planta 7, puerta 2.

Horario: De 09.00 a 12.00.

No dejes pasar esta oportunidad, tal vez seas la nueva estrella.

Me preguntaba qué tipo de música harían y, sobre todo, si podría encajar en el grupo; pero en cuanto releí aquella última frase todas mis dudas se disiparon. Había nacido para brillar, para pisar fuerte en los escenarios de todo el mundo, y esta podría ser mi oportunidad.

Continué ascendiendo hasta llegar a la séptima planta sin aliento, rezando para que la puerta número dos no estuviese muy lejos. Por fortuna, el bullicio que emergía de una de ellas y los pocos candidatos que quedaban me ayudó a localizarla con facilidad. Después de pedir el turno, esperé.

—¡Eres un monstruo! —se oyó una voz entrecortada gritar en el interior.

Una chica salió de la sala, ocultando el rostro detrás de las manos y gimoteando palabras ininteligibles.

—¡Siguiente!

La potente voz nos sobresaltó. Sonó tan amenazadora que nadie se atrevió a entrar. No me caracterizaba por ser la más valiente, pero sí la más impaciente, así que aproveché la indecisión de los demás para colarme.

Era una sala pequeña, con unas paredes blanquecinas que reflejaban la luz solar que se colaba por los grandes ventanales. El suelo estaba ocupado en su mayoría por el cableado del sistema de sonido, y en el fondo de la sala había tres figuras masculinas de espaldas que ignoraban mi llegada.

Ser invisible tenía sus ventajas, y una de ellas era poder mirar a la gente sin reparos. Los tres chicos lucían desaliñados, con ropa negra ceñida y tatuajes que decoraban sus pieles. Me cambiaría de acera de encontrármelos por la noche.

Una vez que conseguí apaciguar mis nervios, carraspeé, haciéndome notar, y los tres se giraron prácticamente a la vez. Las reacciones que desencadené fueron diferentes en cada uno de ellos.

El rubio platino me miraba con una sonrisa divertida.

El castaño de pelo largo lo hacía con atención, como si yo fuese un enigma y él intentase resolverlo.

El de pelo negro, el más alto de todos, contraía la mandíbula y arrugaba la nariz.

—Hola, soy Peach.

—¿De dónde has salido? ¿Es que te ha vomitado un hada? —preguntó el último, señalándome con su uña pintada de negro y dejando entrever su carácter agrio.

Miré mi vestido estampado de melocotones en tonos pastel. No veía nada de malo en él. Puestos a juzgar el vestuario de los demás, lo mismo podría decir yo de ellos, que parecían salidos de un funeral.

—Déjalo —dijo el rubio entre risas—, está de mal humor porque anoche no folló.

El de pelo negro chasqueó la lengua en señal de hastío y decidió no replicar; aunque la forma en la que andaba, o incluso los pequeños gestos que hacía, eran tan bruscos y rápidos que parecía que iba por la vida buscando pelea.

Volví a mirarlos a los tres. No podían ser más diferentes entre sí.

—Empecemos ya, no tengo todo el día —ladró el amargado.

A su señal, los otros dos integrantes se colocaron en sus respectivos puestos, preparados para tocar.

Él debía de ser el cantante. Oh, qué sorpresa, el más engreído era quien acaparaba todas las miradas en el escenario. Después de lo que parecía un ritual en el que se alborotaba el pelo con la mano y comprobaba que el micrófono estuviese encendido, el vocalista se humedeció los labios.

—¿Qué cojones haces ahí quieta? —escupió, al percatarse de que lo estaba observando.

Menudo gilipollas.

—Jax, contrólate —pidió el rubio. Después me miró y sus

labios formaron un «me gustas» silencioso. Parecía el más sociable de todos, y quien mejor me caía hasta ahora.

—Solo tienes una oportunidad —rugió el tal Jax—. Sigue el ritmo e improvisa. Si desentonas, estás fuera. Si cobras más protagonismo que yo, estás fuera. Si lo haces bien, pero no perfecto, estás fuera.

Bla, bla, bla. Lo que yo escuchaba era «tengo el ego más grande que un rinoceronte, así que da igual lo bien que lo hagas porque te echaré de todos modos».

Puse los ojos en blanco y saqué el bajo de la funda. Tanto derroche de testosterona empezaba a irritarme. Entre suspiros impacientes por su parte, me coloqué a un lado del guitarrista rubio, conecté el instrumento al amplificador y a la señal del batería la canción comenzó.

No esperaba una melodía de música clásica, eso lo había descartado en cuanto vi cómo iban vestidos, pero tampoco imaginaba que fueran una banda de rock.

El ritmo era frenético; sentía los dedos moverse con torpeza sobre las cuerdas al intentar acompañarme a la canción. La habitación estaba vacía, pero cada vez que tocaba lo hacía como si estuviese delante de un millón de personas. No porque tocase para el público, sino porque, para mí, la música era como respirar.

Al poco, me sorprendí al escuchar lo bien que sonábamos en conjunto. Mi respiración se agitaba y los latidos de mi corazón seguían el ritmo de la música. Desde su posición, el batería agitaba la melena castaña con vitalidad. Le llegaba por los hombros. Me guiñó un ojo cuando nuestras miradas se cruzaron.

El cantante iba de un lado a otro de la habitación, montando todo un espectáculo digno de los mayores y más prestigiosos escenarios de todo el mundo. Le bastaba su sola voz para opacar todo lo demás, y ahora entendía su narcisismo. Si yo fuera tan buena en lo mío también me idolatraría.

Para cuando llegamos a la segunda mitad de la canción ya me sentía cómoda. Compartía miradas y sonrisas con el guitarrista, y me atrevía a moverme del sitio, paseándome hasta el batería.

Sonábamos bien. Sonábamos jodidamente bien, y ahora quería ser parte de esto.

—¡Sí, joder, sí! —El rubio estalló de júbilo al terminar la actuación, lo cual era buena señal.

El batería alzó los pulgares en mi dirección, a modo de felicitación, y Jax..., bueno, él seguía con la misma cara de amargado.

—No ha estado mal, tal vez seas lo que buscamos. Tocas bien y no estás demasiado buena, así que todas las miradas estarán puestas en mí.

Estúpido egocéntrico. ¿Se ha visto bien? No lo tocaría ni aunque fuese el último hombre en la tierra.

—Apuesto a que sí.

Ignorando mi insolencia, los tres se reunieron frente a mí, y con un baile de miradas me indicaron que aquello aún no había terminado. No hasta que Jax tuviese la última palabra, por supuesto.

—Ahora, deberás pasar la prueba.

—¿No era esta *la prueba*? —Negó—. Entonces, ¿cuál es?

—Fácil. Cuéntanos algo sobre ti que nos sorprenda. —Se dirigió a sus amigos y, con una mirada maliciosa, añadió—: Veamos si la señorita «vómito de hada» tiene algo más sorprendente que su ropa.

—Esto es una tontería.

—No lo es. La gente normal es mediocre, nosotros buscamos a alguien especial.

Dudé por un instante. Me debatí entre entrar en su juego o mantenerme firme, pero al final acepté.

¿Quería algo diferente? Pues yo se lo daría.

—No llevo bragas —espeté, y por sus caras supe que los había dejado fuera de juego.

¡Toma esa, gilipollas!

—¿P-por qué no? —balbuceó entonces. Diría que la sangre no le llegaba a la cabeza, al menos, no a la de arriba.

—La tela me pica cuando me pongo nerviosa, y aunque soy *bajista*, nadie querría verme rascándome *los bajos* —re-maté.

Los tres clavaron sus ojos en mí. Murmuraron y, tras un breve debate, volvieron a mirarme.

—Estás dentro.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Bien! —grité. Salté, bailé, y aplaudí hasta que me dolieron las manos. Era el día más feliz de toda mi existencia.

Una felicidad que Jax se encargó de hacer desaparecer.

—Las reglas son las siguientes: no tendrás pareja mientras estés en el grupo, no queremos distracciones. Pagarás una fianza; necesitamos asegurarnos de que no nos dejarás tirados antes de un concierto. Los gastos son compartidos. También tendrás que llevar ropa adecuada, nada de color rosa.

—Y también venderé mi alma al diablo —refunfuñé.

Metí el bajo en su funda y aguardé las siguientes indicaciones, como firmar un contrato y dejarles mis datos.

Solo después de haber garabateado mi última firma, y de asegurarme de que no me dejaba nada, me dirigí a la puerta para marcharme.

Pero quedaba la guinda del pastel.

—Ah, una última cosa. Tendrás que vivir con nosotros.